

Track 4. Sabato

Daniel Orizaga Doguim

Rojas, junio 24 de 1911

Dos imágenes. El niño que mira por la ventana hacia la provincia bonaerense y el viejo eterno de las entrevistas y los reportajes. Ernesto Sabato, un raro apóstol: su conversión francesa marca los extremos del hombre. La infancia sosegada y la vejez de simplicidad altiva interrumpidas por dos o tres pasajes vitales. Pero este niño nace ya con la marca del otro, de la muerte del *otro*. El fantasma del hermano, la importancia de llamarse también Ernesto, todo puede ser invocado para explicar en psicologías al minuto su fascinación por el doble fondo de la realidad. Algo habrá de predestinación, tal vez. Como maniqueo moderno, Sabato habla y escribe desde la impostación profética. La novela, forma contemporánea de los testamentos, es el mensaje: *El túnel* (1948), *Sobre héroes y tumbas* (1961), *Abaddón el exterminador* (1964). Su glosa, los ensayos *Uno y el universo* (1945), *Hombres y engranajes* (1951), o *La resistencia* (2000).

La Plata, 1924

Otra instantánea. La hagiografía secular de Sabato requiere de un mártir, de un “testigo insobornable”, de Pedro Henríquez Ureña. El mexicano de República Dominicana impresiona al Sabato que acude al colegio secundario. En el tren de Buenos Aires a La Plata, en el portafolio lleno de tareas escolares de Henríquez Ureña, viaja algún manuscrito de ese Ernesto que será escritor. Sabato mismo dictará clase, no de gramática sino de física, varios años después. La vocación socrática, compartida, la ética sin fisuras, les ganarán el cariño de generaciones. Un peregrinar a los santos lugares de

Fotografías: archivo de Esteban Ascencio



Sabato completa la educación sentimental y estética de jóvenes latinoamericanos durante décadas.

Bruselas, 1934

El descreimiento. De talante y formación comunista, Sabato encuentra a Matilde Kusminsky Richter y pierde la filiación estalinista, por los mismos tiempos. No renegará de Marx: admirará en todo momento su profundo

humanismo que lo hace apasionado de los griegos y lector de Shakespeare. En cambio, deplorará hasta la burla el *gulas* estético y sus teorías sobre el arte. Y los crímenes. Enviado por el Partido a Moscú, Sabato decide evitar el viaje hasta la URSS y tomar distancia. Para algunos, Sabato y Marcuse confluyen, aquél con mayor fuerza literaria, éste con rigurosidad filosófica. Sus críticas a la civilización tecnocrática nacen desde el marxismo, eso sí. La veta romántica de Sabato lo hará reconocer cierto cientificismo politizado tras el cual se esconde una amenaza para el *yo* que siempre exaltará. Para Sabato, la coartada de lo social no debería impedir un individualismo impenitente. Peligros de la alegoría: Sabato desconfía de toda secta, real o imaginaria, como pueden ser los ciegos en su obra. De ese lado estarían la crueldad y el resentimiento. Pero la locura es el peligro mayor del solitario. De nuevo, los extremos. Matilde, su esposa que muere en 1998, será la fe cotidiana y la realidad, su versión doméstica del ideal femenino. Queda la esperanza, entre la dialéctica y la ironía.

París, 1940

Entre los dominios de la ciencia —se doctora por la Universidad Nacional de la Plata en 1938— Sabato prefirió una de las áreas más efervescentes, la física nuclear. En su Damasco personal, cambia el Laboratorio Curie por la experimentación artística del París festivo de los años bretonianos.



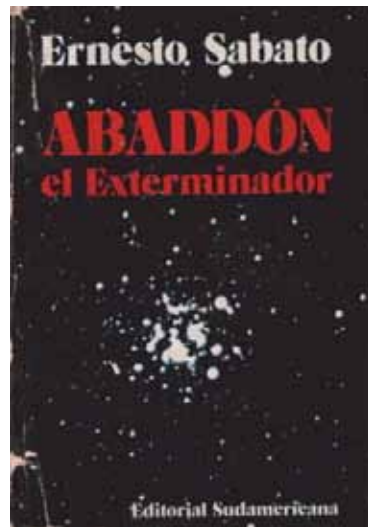
Hombre de evidentes obsesiones, el autor de *El escritor y sus fantasmas* consolida —y solidifica— varias de ellas durante ese periodo: el choque de la razón y lo irracional, de lo consciente y lo inconsciente, de la tecnolatría y el humanismo. Sus tópicos, su itinerario intelectual pueden rastrearse en lo vivido, pensado, discutido en esos años. La seducción de la alquimia vence a la puritana matemática. Cierta impureza hermética contagia su obra: el lenguaje es energía creadora, el dibujo es signo manipulable de lo real. En una conversación fugaz o detrás de una puerta cerrada está el indicio de algo más que no sabemos pero que intuimos, terrible, como en *Sobre héroes y tumbas*. Los sueños de la razón. La parte

surrealista de Sabato se pregunta por el doble fondo del universo, por lo que no es mensurable, por lo que no es fácilmente palpable. La pintura le revela que el tiempo es más una dimensión humana que cósmica: el trazo primitivista de Picasso es apenas una prefiguración del arte africano, verdadero. En su conversión, Sabato tiene una iluminación al revés —para lo que está en el reverso— y lo lleva a transitar a lo pulsional, a los fondos. Del átomo a la investigación metafísica, hacia la literatura, publica en 1945 el ensayo *Uno y el universo*.

Buenos Aires, 1961

Vienen de Poe, Lautremont o Nietzsche el modo sabatiano y algunos de sus temas. Eso se ha dicho. Pero es Roberto Arlt la figura principal, el otro con quien dialoga en *Sobre héroes y tumbas*. Claro, allí aparece Borges, casi como curiosidad turística, como un personaje urbano más, en un episodio colorido. Arlt, raro inventor, está en toda la novela. El mismo gusto por lo desmedido o lo monstruoso alimenta la visión de Sabato. Hijos de familias inmigrantes, mantienen con la capital porteña una relación pesadillesca. El desgarramiento dostoiévskiano los filia, así como la peculiaridad del estilo anticastizo. Más allá de estas obviedades, sus personajes exaltados o desencantados —a veces exaltados y desencantados— conviven por los mismos espacios, los parques y tugurios, conversando entre frases inusitadas. Podrían haberse encontrado Erdosain y Fernando Vidal Olmos para conjurar conspiraciones. Los migrantes pobres y los criollos decadentes comparten entre Arlt y Sabato la atmósfera del crimen, la verborrea, los cadáveres del pasado argentino y la desconfianza en el futuro. Todo esto convierte a Sabato en un arltiano.





Tantos nombres e historias se cruzan en la Buenos Aires grotesca. Veamos el intermedio, el *Informe sobre ciegos*, que pudo haber sido imaginado por Lovecraft, en alguno de sus trechos fantásticos. En el último capítulo, el viejo Domingo Faustino Sarmiento se deja oír. Los cuerpos en la narrativa de Sabato pueden parecer encarnaciones de ideas, algo así como en Sartre o Camus, de lo que también se le acusa. Narraciones del pasado entran para ser contadas de nuevo: batallas, traiciones, huidas. El problema de los linajes, viejos y nuevos. La mezcla de voces e ideas señala el caos interior, inscrito en la novela. Sabato intenta llenar el vacío de certezas con los guiños, llamadas, estilos que la literatura, sobre todo la argentina, puede darle. En *Abaddón el exterminador* lleva hacia la metaficción —otra vez la palabrita— gracias al engaño de tinte biográfico, su constante desesperación del mundo actual. Será en el vasto lenguaje de la ficción donde la patria imagine el apocalipsis según Sabato.

Santos Lugares. Antes del fin

Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, o *Informe Sabato*, se abre con la siguiente declaración: “Muchos de los episodios aquí reseñados resultarán de difícil credibilidad. Es

que los hombres y mujeres de nuestro pueblo sólo han conocido horrores semejantes a través de crónicas de otras latitudes”. La calidad moral de Sabato avala su designación como presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, ya en la época de Raúl Alfonsín, en 1983. Otro dato: la dictadura que empezó en 1976 escribió con desapariciones, violaciones, secuestros este relato de 50,000 páginas. Ernesto Sabato firma el prólogo de este documento que cuenta el horror de miles de víctimas. Es una crónica multitudinaria, el vía crucis de esos cuerpos dolientes torturados por la milicia. Pero muchos no están aquí, no es posible saber qué ocurrió con ellos al final. La Argentina es un país de tumbas dispersas.

La postura política de Sabato es compleja. Buscando durante su vida la congruencia, evita los cargos públicos, sobre todo aquellos que lo alejarán de la escritura o los concedidos por quienes le resultan condenables. Sin embargo, aun en los tiempos de exaltación —por ejemplo, del peronismo y del antiperonismo— mantiene la amistad entre quienes forman la preferencia ideológica contraria. Prefiere al amigo y olvida al militante, como método de imparcialidad.

De alguna manera lo contenido en el *Informe* viene a ser una terrible y nunca buscada confirmación de los

temores de Sabato, temores que se irán acentuando al envejecer. Cierta confianza le queda cuando escribe en sus ensayos sobre creadores completos como Andrés Bello o Leonardo Da Vinci, científico y artista. En él vislumbra la soledad amarga de quien no puede completar todas sus obras geniales debido a la propia dispersión y a la inestabilidad política. Leonardo podría ser una especie de figura gemela. Sabato sigue publicando, casi con la regularidad de las ideas fijas, tras la comprobación de la experiencia negativa del mundo: artículos, ensayos, cartas, exhortos, memorias. Se transformó en una especie de patriarca. En el convulso Renacimiento, junto a la barbarie, el arte pudo justificar vidas completas, como la de Da Vinci, apenas en un par de obras: *La Gioconda*, *La última cena*. Sabato hallaba un poco de consuelo en esto, tal vez, en el notorio impacto y en el significado de su narrativa. Relató con horror la biografía de sus fantasmas desde

la literatura, y terminó en cuanto pudo darles punto final. Sin embargo, muchos lo recuerdan por su *Informe Sabato*, por su peculiar activismo, más bien solitario y solidario, antes que por la lectura de *El túnel*.

Santos Lugares, 30 de abril de 2011

Llegada la hora nueva de los homenajes, tras décadas de ceguera y pasión por la pintura, muere Sabato, ya casi un icono popular. Podría ser que las lamentaciones unánimes lleguen a ocultar sus contradicciones y paradojas. No me atrevo a vaticinar. Sabato fue una de mis lecturas años atrás. Hay pasajes que me acosan desde hace algunos días como un remordimiento inexplicable. Quizá por eso me cuesta escribir sobre él en el tono adecuado. El novelista Sabato que busca la paz pertenece demasiado a un tiempo de otra juventud. Admiro en Sabato la resistencia a la deshumanización, la terquedad furiosa y su ternura. ▀

